

TRANSICION ENERGETICA: UN RETO A LA COOPERACION INTERNACIONAL

ULISES RAMIREZ O

El problema energético es uno de los tópicos más importantes que se discuten en los foros internacionales, principalmente porque el petróleo es un recurso escaso no renovable que constituye la fuente energética fundamental para el funcionamiento de la economía mundial.

Esta importancia se hizo más evidente como consecuencia de la denominada crisis energética que tuvo lugar entre 1973 y 1974; la crisis mostró claramente que el incremento excesivo del consumo petrolero en los países industrializados podría conducir a una reducción significativa en los suministros petroleros.

Este acontecimiento colocó el problema del suministro y la demanda en una perspectiva apropiada, en el sentido de que una imprevisible escasez temporal del petróleo, nos movió a fijar la atención en el futuro, en que el petróleo no podrá satisfacer el crecimiento de la demanda, debido al rápido incremento de la tasa de agotamiento.

Podemos afirmar que de ahora en adelante, el mundo entra en un período de transición en el campo energético, en el cual nos vemos compelidos a analizar todas las alternativas posibles para cubrir la escasez petrolera que será inevitable en vista de los requerimientos crecientes en su demanda.

Desde el comienzo de la crisis, grupos de trabajo, seminarios e instituciones públicas y privadas han emprendido estudios y todos señalan el hecho de que antes del año 2.000, no será posible sustituir el petróleo como fuente energética por otras fuentes de energía en gran escala, mucho menos en sus aplicaciones más nobles, tales como en la industria petroquímica y el

transporte, donde la sustitución es mucho más difícil y la demanda será cada vez mayor, aún tomando en cuenta el desarrollo de las nuevas tecnologías previstas para la conservación y la sustitución.

Se ha señalado, que para darle paso al carbón y a la energía nuclear, hay que vencer la gran resistencia al cambio y a las innovaciones por parte de un sector de la sociedad que, durante este siglo, ha estado servido por equipos y sistemas alimentados por un combustible versátil, fácil de transportar, relativamente seguro, y menos contaminante que el carbón y la energía nuclear. Asimismo, habrá que alcanzar un nivel de desarrollo tecnológico que garantice a las sociedades futuras un mínimo perjuicio ecológico y una máxima seguridad en la instalación de plantas de núcleo-eléctricas; lo que implica que habrá que efectuar grandes inversiones para lograr estos propósitos. Por otra parte, la energía solar podría ser una alternativa factible a largo plazo, siempre que continúe y se intensifique el proceso de investigación y desarrollo en este campo.

Es importante hacer hincapié que, durante este período de transición, continuarán existiendo restricciones que entrabarán el desarrollo de nuevas fuentes energéticas necesarias para satisfacer los requerimientos exigidos por los sistemas económicos mundiales. Por consiguiente, el petróleo que se liquida tendrá que ser sustituido por petróleo nuevo, lo que conduce a adoptar medidas para lograr un uso más racional del mismo; a esforzarnos por producir una mayor proporción de los recursos in-situ; a incorporar petróleos no convencionales que hasta la fecha no han sido usados

plenamente; y a comenzar un programa extensivo de exploración en todas las cuencas petroleras potenciales.

Hasta el presente, no hemos percibido aún resultados que sean indicativos de un vigoroso programa de acción diseñado para satisfacer estos requerimientos transitorios; al contrario, el petróleo continúa manteniendo una posición predominante en la estructura energética mundial y esta situación ha causado la disminución neta de las reservas mundiales. Por lo tanto, la relación reserva producción, que en 1970 era de 33 años, había disminuído para 1978 a 25 años. Esto significa que de continuar esta tendencia, para 1990 la relación caería por debajo del nivel crítico de 15 años.

Aparte de la cuestión energética, hay otros problemas que afectan la economía mundial, tales como la crisis alimenticia, el crecimiento demográfico, la crisis monetaria, la inflación internacional, las deudas financieras de los países en desarrollo, y el deterioro ambiental. Por lo tanto, nos enfrentamos a otros problemas relacionados con la cuestión energética que deben tomarse en cuenta para el diseño de la estructura del Nuevo Orden Económico Internacional. No es posible singularizar la energía como la causa básica de los trastornos actuales de la economía mundial ya que todos los problemas mencionados constituyen en conjunto una parte integral de la crisis actual.

A pesar de ello, generalmente se afirma que la factura petrolera es la causa principal de los problemas económicos de los países importadores de petróleo del Tercer Mundo. A este respecto, se debe señalar que el proceso inflacionario comenzó en los Estados Unidos y en Europa a mediados de la década de los sesenta. Fue el incremento continuo de los precios de los productos manufacturados, servicios y bienes, en conjunción con el deterioro de los precios de la materia prima, los que han estado causando las más serias dificultades en los países del Tercer Mundo.

En 1975, el incremento de los precios de los productos manufacturados representó un desembolso adicional de 12.000 millones de dólares para los países en vías de desarrollo importadores de petróleo (PVDIP), mientras que la variación en el precio del petróleo constituyó un aumento de 2.000 millones de dólares.

En el mismo año, el valor de los productos primarios exportados por estos países a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) disminuyó en 3.000 millones de dólares. Estas cifras muestran claramente que la factura energética no desempeña un papel tan importante en las dificultades económicas de los PVDIP.

En 1975, la importación petrolera neta de los países importadores de petróleo del Tercer Mundo fue, 4,4 millones de barriles por día y se ha calculado que la factura petrolera de estos países se incrementará, como consecuencia de los nuevos precios petroleros, desde aproximadamente \$ 31.500 millones para ese año hasta cerca de los \$ 50.000 millones en 1980. Esto parece excesivo, pero debemos considerar la factura petrolera de los PVDIP dentro de la estructura más amplia de sus relaciones con los países en desarrollo de la OPEP.

En este contexto más amplio, la ayuda financiera de los países miembros de la OPEP ha promediado unos \$ 7.000 millones durante los últimos años, y ha representado cerca del 3% de su PNB. Los países del OCDE han estado presentando asistencia oficial para el desarrollo en aproximadamente unos \$ 15.000 millones por año. Esto representa el 0,33% de su PNB global versus la meta propuesta por la N.U de 0,7%. Solamente Noruega, Suecia y los Países Bajos han alcanzado o sobrepasado esta meta.

La mayor parte de la asistencia financiera ha sido otorgada bilateralmente. Sin embargo, la Organización está dando pasos para fortalecer su propio canal multilateral, el Fondo OPEP, incrementando sus recursos y agilizando la toma de decisiones y los mecanismos para los desembolsos. El Fondo OPEP financia los déficits de la balanza de pagos y proyectos sobre una base altamente concesional. Las tasas de interés varían entre 0 y 4% y los reintegros se fijan generalmente por un período de 20 años. En sus tres años de funcionamiento, el Fondo ha desembolsado más de 1.600 millones de U.S. dólares.

Además, los países miembros de la OPEP han instrumentado el establecimiento del Fondo Internacional para el Desarrollo de la Agricultura, una institución de las Naciones Unidas creada para financiar el desarrollo

agrícola del Tercer Mundo. Los de la OPEP han contribuido aproximadamente con la mitad del capital de este Fondo, es decir, 436 millones de U.S. dólares.

Las facilidades petroleras establecidas en el Fondo Monetario Internacional constituyeron un esfuerzo adicional para aligerar la carga de los países importadores de petróleo; desafortunadamente, un gran porcentaje de estos recursos fue indebidamente canalizado hacia algunos países industrializados.

La cooperación económica entre los países en desarrollo desempeñará cada vez más un papel creciente. La solidaridad y la complementación económica tienen mucho valor en varios aspectos. El comercio entre los países de la OPEP y los PVDIP ha experimentado un aumento considerable especialmente con países tales como Brasil, India, Corea del Sur y Taiwan.

La Conferencia de la OPEP celebrada en Ginebra en 1979, constituyó un ejemplo de solidaridad con el resto del Tercer Mundo. En esta oportunidad los Ministros acordaron garantizar suministros petroleros a los PVDIP sobre bases prioritarias y confirmaron su voluntad de seguir utilizando el petróleo como un instrumento para mejorar la posición del Tercer Mundo en las negociaciones Norte-Sur. La cooperación con los PVDIP fue asimismo uno de los principales puntos de la Agenda cuando los Ministros se reunieron en Caracas en diciembre de 1979.

En este sentido, los presidentes de Venezuela y México se reunieron en agosto de 1980, en San José de Costa Rica y establecieron un nuevo esquema de cooperación financiera con los países importadores de petróleo de la región. Mediante este mecanismo, Barbados, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Jamaica, Nicaragua, Panamá y la República Dominicana han podido obtener un financiamiento de 30% del costo de sus importaciones petroleras de estos dos países, a una tasa de interés anual de 4%. Además, si los recursos financieros obtenidos mediante estos créditos se destinan a proyectos de desarrollo económico, especialmente aquellos relacionados con el sector energético, el financiamiento puede extenderse por 20 años con una tasa de interés anual de 2%. De especial trascendencia es el hecho de que tanto Venezuela como México han asumido la responsabilidad de

suministrar 160.000 barriles por día a este grupo de países en partes iguales.

Las condiciones de este Programa se basan en el principio de que los países beneficiarios continuarán esfuerzos para racionalizar el consumo interno de hidrocarburos y fomentar la producción de energía doméstica.

Sin embargo, es obvio que la cooperación entre los países en desarrollo no es suficiente y hay que reanudar las negociaciones económicas globales entre los países desarrollados y aquellos en desarrollo. Esta necesidad surge de los trastornos que ha sufrido el sistema económico establecido después de la Segunda Guerra Mundial, de la crisis económica que le siguió y de la necesidad urgente de reconocer los cambios importantes que ha sufrido la estructura económica y política de los asuntos internacionales.

Es un esfuerzo que requerirá visión y coraje por parte de todos si ha de tener éxito. Los países en desarrollo no poseen los medios adecuados para luchar por sí solos contra las dificultades del mundo actual, y esto debe ser objeto de una atención muy especial de parte de la comunidad internacional.

En efecto, antes de continuar, analicemos brevemente los reveses sufridos por la economía mundial. Después de 1945, al ponerse de acuerdo los vencedores y vencidos para decidir las nuevas reglas del sistema económico internacional, el mundo entró en un período de crecimiento sano, sin inflación. Una de estas causas fue la fuerte economía de los Estados Unidos, otra, la reconstrucción de una Europa devastada y del Japón, y la tercera causa fue la abundancia de materia prima barata, especialmente el petróleo. Parecía que nunca antes el mundo había vivido un momento tan próspero y satisfactorio, exceptuando, tal vez, el período de "la belle époque". Sin embargo, a comienzos de los años 60, Europa, esta tremenda maquinaria de crecimiento, así como el Japón, habían sido reconstruidos y ambos habían establecido una moderna y sólida base industrial. Mientras tanto, a mediados de los años 50, el crecimiento de la productividad comenzó a declinar en los Estados Unidos, y la economía más fuerte de este planeta se volvió cada vez menos competitiva; el programa espacial, la Guerra de Vietnam,

y otros gastos militares fueron las causas más directas del decaimiento del sistema económico imperante.

Muchos opinan, y nosotros estamos de acuerdo, que para enderezar de nuevo al mundo se necesita un nuevo enfoque. Uno que estimule el crecimiento sin crear la inflación. Inyectar dinero en las economías industrializadas trae un aumento casi inmediato de la tasa de inflación. Entonces, ¿por qué no inyectar dinero en los países en desarrollo que carecen de tanto, a fin de estimular el crecimiento no inflacionario y el alza de la tasa de empleo en los países industrializados mediante el incremento del comercio con el Tercer Mundo?

Creemos que la instrumentación de tal estrategia debería constituir la base un nuevo diálogo Norte-Sur. A corto plazo, algunos tendrán que hacer ciertos sacrificios, pero a la larga, recibirán una generosa recompensa.

El interés de los países industrializados de que se renueve el diálogo Norte-Sur tiene su origen en el petróleo. La pobreza y las leyes unilaterales de los juegos económicos internacionales han sido la causa de la posición militante del Tercer Mundo desde los últimos días del colonialismo.

Pero, ¿cuáles son las perspectivas compradas con las circunstancias reinantes en 1976 y 1977 durante la Conferencia sobre la Cooperación Económica Internacional también conocida como la Conferencia de París o el diálogo Norte-Sur?. Los años de 1979 y 1980 parecen augurar optimismo, pues mediante un diálogo internacional más extenso se ha producido un mayor entendimiento de los problemas comunes que confrontamos.

Hace tres años, algunos países industrializados creyeron que la OPEP estaba acabada y que había aún mucho petróleo, o ambas cosas, y que una vez más estaban viajando en el tren de la prosperidad, pero desafortunadamente los países en desarrollo no se contaban entre los pasajeros. Por lo tanto, en París no hubo una actitud de acercamiento. Hoy todos hemos adquirido una mejor percepción del problema. Sabemos que la crisis económica mundial y el problema energético no podrán resolverse por sí solos, que tenemos que solucionarlos, mientras más rápido mejor.

Para fines de agosto de 1980, la Asamblea General de las Naciones Unidas discutió el formato y la programación de la proposición del grupo de los 77 para iniciar una nueva serie de negociaciones globales Norte-Sur. Estas reuniones quedaron aprobadas y los países en desarrollo, entre ellos las naciones de la OPEP, están preparados para asumir sus responsabilidades y discutir la energía junto con los problemas económicos urgentes que impiden el desarrollo del Tercer Mundo. Todos los países deben abordar estas negociaciones con la intención de solucionar un problema común.

La crisis actual es demasiado complicada y está tan generalizada que no se puede resolver ni aún con la solución tradicional de la confrontación. No tenemos otro camino que aceptar el mayor reto que se le haya presentado a la humanidad: construir pacíficamente un nuevo orden económico internacional justo y racional.

Depende de la capacidad que tengamos para aprovechar esta transición energética haciendo de la cooperación, y no de la confrontación, un instrumento que nos permita salvar el camino entre una economía basada en hidrocarburos y una basada en fuentes alternas, como podremos lograr el resurgimiento de una nueva estructura de la economía mundial.

La oportunidad que encierra esta transición, representa un reto a la capacidad de los gobiernos de los países en desarrollo de aprovechar sus recursos energéticos autóctonos para el beneficio de sus países, utilizando la cooperación internacional.

De acuerdo a las estimaciones más confiables el potencial energético aún por descubrir y desarrollar en los PVDIP, es el siguiente:

Petróleo Convencional:	500 mil millones de barriles,
Petróleo No Convencional:	200 mil millones de barriles,
Gas:	300 mil millones de barriles de petróleo equivalente,
Carbón:	1,3 billones de barriles de petróleo equivalente,

Hidroenergía:

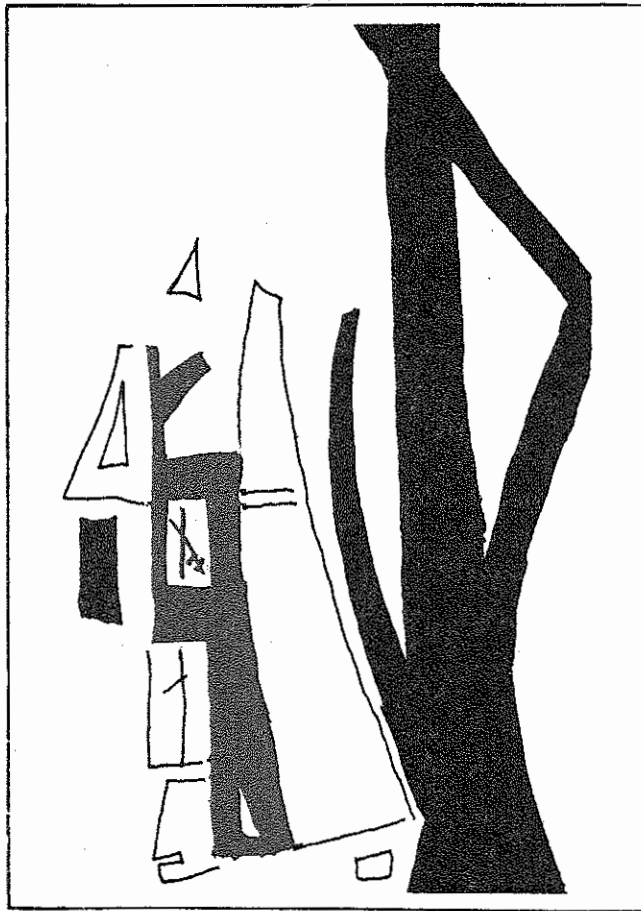
20,5 millones de barriles diarios de petróleo equivalente, que representa el 49%, 6%,

21%, 2% y 31% respectivamente del potencial mundial. Incluyendo los programas en curso, bajo responsabilidad de los gobiernos o de empresas privadas, la inversión promedio anual que se requeriría en los próximos años para evaluar y aprovechar progresivamente los recursos energéticos antes señalados, se estima no sea inferior a los 35 mil millones de dólares.

Sin embargo, para que estos recursos energéticos potenciales se encuentren disponibles en el momento oportuno, es necesario la participación de todos dentro de nuevas reglas de juego, lo cual implica para las compañías privadas la disposición a aceptar condiciones distintas las que han exigido tradicionalmente de manera de acceder a relaciones contractuales más equitativas con los países anfitriones. Además será necesario que los países exportadores de petróleo y los principales importadores se comprometan a mantener un equilibrio entre el suministro energético y la demanda durante el período de transición, garantizando un nivel adecuado de producción y suministro, por una parte, y programas concretos diseñados para controlar el crecimiento de la demanda, por la otra.

Esta transición abre una vía para un intercambio mundial basado en una cooperación internacional nunca antes lograda, pero en cierta forma comparable a la que se obtuvo durante la reconstrucción de Europa y Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Podría ser el comienzo de un período de brillantes oportunidades para todos si percibimos el inmenso volumen de materiales, bienes y servicios requeridos por la industria energética, así como el apoyo externo que representa la infraestructura social, económica, tecnológica y política.

Debemos dejar a un lado las imputaciones mutuas en cuanto a las responsabilidades de un grupo de países, o de otros, en la actual situación internacional y reconocer que la crisis energética de 1973 abrió el camino a una nueva era donde los estilos de vida serán



menos consumistas y derrochadores. Mas bien, es imperativo que se generen nuevas ideas a fin de que este período transitorio se convierta en un motivo de orgullo para nuestra sociedad actual y sea nuestro mejor legado para las futuras generaciones que reconocerán que realmente pudimos superar el reto que se nos presentó: lograr el establecimiento de un orden económico internacional más justo y permanente.